



Recuerdos y paz

Saverio Tutino *

A TRAVÉS DE LOS ARCHIVOS DE LOS PATRIMONIOS AUTOBIOGRÁFICOS ES NECESARIO HACER PREVALECER EL INSTINTO DE PAZ EN TODOS LOS ACTOS DE LAS RELACIONES HUMANAS...

Nací en Milán en 1923. Con veinte años cumplidos, participé durante un breve período en la lucha partisana y, en 1945, empecé a trabajar como periodista. Comencé en Francia, luego el diario la *Unità* me envió a América Latina, en especial a Cuba en los años '60 y '70 y también trabajé en China, África y España. Escribí ensayos y libros, entre los que figura *L'Ottobre cubano*, *La ragazza scalza*, *Ciclone ros*, *Il mare visto dall'isola*, *Viaggio in Somalia* y mi autobiografía, *L'occhio del barracuda*. El camino que me llevó a crear la Fondazione Archivio Diaristico Nazionale de Pieve, en 1984, está signado por la necesidad de transitar más allá de los poderes constituidos tradicionales con el propósito de poner en marcha una microrre-

sistencia y las microlibertades personales que se convertían en reservorios de recursos para rebelarse ante el sentido de la conservación pura.

El archivo de los diarios de Pieve Santo Stefano nace de personas que comprenden estas necesidades, porque la idea parte, casi sin querer, de ellas y así las susstraen a un destino de instrumentación. Es un comienzo de transparencia que habría que multiplicar, más bien generalizar, como la escolaridad obligatoria, creando un modo de vida en la concordia, para el bien común, que parta de la protección de la memoria de cada uno, a través de la autobiografía, entregada a la sociedad civil. Esta capacidad de ir a buscar en los demás mi solidez como persona la adquirí

también a través de experiencias que viví de muy joven, como la del alpinismo. Durante el pasaje de la adolescencia a la juventud compartí muchos momentos junto a mi tío Nino. Este tío, Ettore Castiglione, era uno de los más grandes alpinistas italianos, autor de muchas hazañas en el conocimiento de la montaña. En un momento, cuando yo tenía diecisiete o dieciocho años, comenzó a llevarme con él y juntos hicimos muchos de mis primeros ascensos a los Dolomitas, torres de

roca donde nadie había estado antes. Así comencé a tener conciencia de mi propio cuerpo, de mi capacidad para usar las manos, los músculos y un poco también el cerebro para escalar determinadas paredes, algunas hasta en pendiente negativa, siguiendo a mi tío que me decía "ahora haz así y así". Y aprendí a tener una capacidad de iniciativa que después puse en práctica en la vida. Cuando partí como partisano me sirvió mucho haber conocido antes la montaña. No eran los Dolomitas sino los Alpes occidentales, en Val d'Aosta, pero al fin y al cabo eran montañas y no sentí miedo. Mientras tanto conocí compañeros excelentes, más tarde asesinados en manos del enemigo, que le tenían más a la montaña que a las tropas nazis que podían llegar de un momento a otro.

Cuando me convertí en periodista de la *Unità*, trabajé con mucho gusto como corresponsal. Y como debía permanecer mucho tiempo en un mismo sitio, quería conocer personalmente los lugares y las personas con las que trabajaba, convirtiéndome en uno de ellos, pero sobre todo buscaba pensar con mi cabeza. "Lo más importante en la vida, hay que decirselo a los jóvenes de hoy, es pensar con la pro-

pia cabeza": esto se lo había oído decir al padre Milani y lo decía el Che Guevara. Si bien había diferencias entre ellos, estas personas a quienes admiré mucho recomendaban a los jóvenes seguir sus propias ideas y su propio corazón. Y lo decían en circunstancias en las que era difícil decirlo. El padre Milani militaba en la Iglesia, el Che en el movimiento internacional comunista, sin embargo afirmaban que siempre hay que pensar con la propia cabeza, sobre todo si desde arriba te dicen que

LO MÁS IMPORTANTE EN LA VIDA, HAY QUE DECÍRSELO A LOS JÓVENES DE HOY, ES PENSAR CON LA PROPIA CABEZA

hagas cosas que a tu juicio no son correctas. Con el tiempo también aprendí con André Gide que la literatura y los buenos sentimientos no pueden llevarse bien. Esta combinación de experiencias se lee en mi autobiografía, una suerte de diario de mi profesión que terminó siendo el relato de la conciencia de los demás, una forma particular de autoinstrucción, dirigida a tener conciencia de uno mismo a través de la identidad colectiva, un delicado punto de equilibrio entre la certeza y la duda sobre la cual se construye la vida. Una vez concluida la etapa de los viajes y después de una operación cardíaca, pensé que si no podía ir a buscar a los otros allá donde vivían, entonces podía inducir a los otros a reunirse conmigo en un sitio adecuado. Entonces decidí fundar el Archivio Diaristico de Pieve Santo Stefano, es decir, crear un lugar donde cualquier persona pudiera narrar los testimonios de su propia vida. La conciencia de que uno forma su propia identidad sobre todo en el contacto con los demás es una cualidad que se desarrolla viajando en la vida. Es el descubrimiento de que mi reflejo podía estar en los demás y de lo que los demás podían ofrecerme como reflejo. Creo



Foto: Nicola Scafidi. *El Gattopardo de Lampedusa*, llevada al cine por Miscomi

haber militado en el partido comunista por este motivo: porque me ocupaba de mí mismo pero también de los demás a la vez que hacía política. Luego lo puse en práctica viajando por el mundo, escribiendo sobre mí y sobre los demás. Escribí mis artículos en primera persona no por exhibicionismo sino porque así aparecían narrados con la garantía del yo del mundo viviente. Relataba los encuentros que mantenía y las aventuras que vivía. Por supuesto, todo esto no frenaba mi narcisismo, sino que servía también para crear una nueva relación civil entre personas que estaban lejos. En otras palabras, siempre busqué puntos de referencia en aquellos que sentía que podían ofrecerme algo de sí mismos, un punto de referencia vasto, no un punto de referencia egocéntrico. Un vínculo humano sin ningún otro propósito más que escuchar las razones de vida de cada uno.

Al relatar cómo llegué a crear el archivo diarístico no puedo dejar de mencionar la influencia que tuvo mi temperamento inquieto. Conozco bien a los médicos y creo que, si fuese necesario, hasta podría escribir un buen artículo sobre el tema. Me gustan los cirujanos por su modo

de operar y los especialistas en medicina general por su punto de vista amplio. De algunos guardo un recuerdo especial, porque en varios momentos de mi historia como paciente han sabido diagnosticar, junto con el mal evidente, también el malestar que veían en mí. Tuve muchas operaciones y sobre mi salud pesaba también una incertidumbre psicológica: sobre la ansiedad que yo demostraba tengo ideas no del todo negativas. Se que la autobiografía no contiene toda la verdad de mí yo porque soy consciente de que estamos hechos de muchos yo y que no sería posible ordenarlos todos en un solo relato. Durante el período en el que me ocupé de todas estas dificultades mías, descubrí que un discípulo de Jung, Ira Progoff, ya había inventado la técnica del "diario intensivo" con fines terapéuticos y leí su libro. Escribir mi diario se convirtió entonces en un modo de relacionar entre sí los contenidos esenciales de mi vida, que son parte de la multiplicidad de mis yo, para encontrar una verdad que en la autobiografía, como diría Philippe Lejeune, constituye un pacto, una de las claves para interpretar la propia vida.

En base a esta experiencia he creado el archivo de la autobiografía, donde las vicencias de los protagonistas perfilaron la existencia de un inédito observatorio del yo que otorga a las personas una dignidad subjetiva más duradera; y esto también vale para quien no haya escrito sobre sí mismo, como estímulo para que lo haga o al menos para que estudie cómo se puede hacer. La institución de Pieve también permite que las personas perduren a través de la lectura de sus escritos, cuyo objetivo es hacer un reconocimiento público de su identidad. Una atención que otorga una especie de derecho natural desatendido. De hecho, además de la tarea fundamental de archivar, el trabajo de Pieve consiste en hacer leer los manuscritos a los grupos de lectura, algo que oficialmente acepta quien deposita allí su trabajo.

Pero existe otra perspectiva interesante en la observación de las autobiografías en general. Escribir una autobiografía también es un acto de amistad hacia uno mismo. Como afirma Duccio Demetrio, en la construcción de la intimidad a la que se llega con la autobiografía, se revela una nueva amistad con uno mismo como

hacia un forastero. Así dispuse mis textos autobiográficos uno tras otro, según el orden de los recuerdos, y esto reveló de mí una sintaxis interior que antes me era esquiva. En conclusión, esta autobiografía mía no la vi como un sitio arqueológico para observar sino más bien como un proyecto, un acto nuevo de construcción y de profundización. Es ésta la línea que me permitió acercarme más a mí mismo como persona. Y los textos de los otros, con la institución de Pieve, terminaron siendo el elemento que faltaba para completar una verdadera obra creativa. Ahora existe de mi parte el conocimiento de que todas las memorias de uno mismo son incompletas, comenzando por la mía, que tiene muchas omisiones, subrayadas también por Philippe Lejeune, quien ha visto que existían pocas explicaciones acerca de los motivos que me habían llevado a crear aquel archivo. Este tipo de observaciones me permite volver sobre mis pasos e intervenir, corregir, en un diálogo progresivo conmigo mismo, precisamente como un "ofrendarse a sí mismo la propia vida", según las palabras de Aldo Giorgio Gargani.

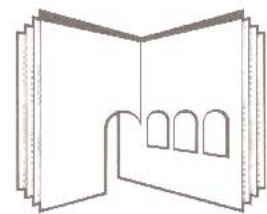
E incluso si nadie tuviese que leer jamás nuestra historia, queda el acto de la búsqueda de una cierta verdad y, sobre todo, del cultivar la energía para un cambio. Hoy comprendo mejor mi deseo de salir de mí, de desdoblarme y multiplicarme. También comprendo que la búsqueda en el otro de un yo ideal con el cual buscaba compararme debía, en cambio, convertirse en un acto concreto y esto incumbía a mi crecimiento autónomo. No podía limitarme a una representación. Podía a lo sumo volverme heterónimo, según la frase de Pessoa que dijo "vivir es ser otro". Por eso me dediqué a la causa del recordarse a uno mismo, creando la casa de los recuerdos de todos. Una célula que prefigura una sociedad de personas que escuchan a quien cuenta sus propias vicencias.

La de Pieve es una experiencia que implica muchas exigencias a ún no del todo exploradas. La caída de las ideologías hace que el hombre esté más abierto a exigencias no convencionales. En este acto de recibir autobiografías como deber civil libremente asumido hay una modalidad nueva, adecuada a la necesidad que muchos advierten: dejar a un lado sueños irrealizables de salvación de la humanidad para concentrarse en los problemas de cada uno, como individuo que necesita compañía.

Como primer paso, tendremos entonces una aproximación a la transparencia que ya se observa en la confianza con la que muchos confían sus escritos al archivo, con el único propósito de que se los lea. Por este motivo, la autobiografía me resulta no tanto una representación de los casos y de las circunstancias de la vida (matrimonio, trabajo, etc.) sino un proyecto de reconstrucción existencial. Así me pareció comprender el valor de una elección que se repetía bastante en los momentos psicológicamente difíciles: sustraerme inconscientemente o no a las inquietudes, recorriendo un camino que me llevaba a buscar la multiplicidad de encuentros con otras personas, comprometidos a realizar esfuerzos similares para tomar elementos que le dieran sentido y más fuerza que la que yo tenía a esa voluntad y más energía a su organización.

Para conducir, vuelvo al sentido de los demás que encierra mi carácter, a la idea que me hice de la política: para mí, la única esperanza puede residir en una acción política y pedagógica conjunta, en el plano internacional, legitimada por la democracia, tendiente a hacer prevalecer el

instinto de paz en todos los niveles de nuestras decisiones. Hoy como entonces puedo decir que, desvanecido el mito de las masas al poder, hemos creado una institución destinada a hacer surgir el valor pedagógico subyacente del recuerdo de uno mismo, escrito en los diarios y en las autobiografías, para aprender a escuchar y entender la singularidad de las personas a través de sus historias, vividas día a día y ofrecidas a quien desee conocerlas. Así también se puede abrir un paso hacia una nueva manera de pensar respecto de que existe un patrimonio sumergido muy precioso que se puede hacer emerger. No se trata sólo de archivar, palabra ésta que nos hace pensar en especialistas, sino de reunir patrimonios autobiográficos que contienen actos de identidad que pertenecen a todos. Dando forma y significado a la vida de cada uno se constituyen actos de comunicación que alimentan el diálogo entre las clases sociales y las generaciones y sientan las bases de un pensamiento útil para hacer prevalecer el instinto de paz en todos los niveles de las relaciones humanas.



*Saverio Tufino es periodista y escritor. Entre sus novelas se destacan *L'Otobre cubano*, *L'aragazzi calza*, *Cidoneo*, *Il mare visto dall'isola*, *Viaggio in Somalia*; su autobiografía se titula *L'occhio del baracuda*.

Es presidente de la Fondazione Archivio Diaristico Nazionale de Pieve Santo Stefano y director de la revista semestral *Primpersona*.